

## CAPÍTULO V

## El hombre y la muerte

## XXXVII

La muerte es la prueba más concluyente del valor de la educación y de la moralidad de una sociedad. Decidnos la muerte de un hombre y os hablaremos de su vida; recíprocamente, contadnos la vida de ese hombre y os predicaremos su muerte. Queremos hacer excepción de los óbitos repentinos que no dejan á los moribundos la conciencia de su estado, é igualmente de aquellas vidas sobre las que pesa una tiranía ó una fatalidad invencible.

¡Gravísimo problema! Investiguemos á través de la historia sus elementos.

Los antiguos, aun siendo muy religiosos, apenas pensaban: según cumple á una civilización naciente, practicaban más. No hablar de la muerte ni de la vida; ni desdén de ésta ni altivez frente de aquélla. Cada cual esforzábbase por vivir lo mejor posible su vida y morir su muerte naturalmente, sin miedo ni llanto.

La religión, que tantos temas aborda, casi enmudecía acerca de la muerte, sólo interviniendo en los funerales.

Predicaba cierto mito vago, oscuro, que hablaba del reino subterráneo, de la mansión de las sombras, de su transmigración, de sus apariciones, de su renacer; empero este mito, incoherente, grosero, conforme nos lo narra Homero, concebido al borde de las tumbas, ante los cadáveres ó al pie de las hogueras que los reducían

á cenizas, no influyó seriamente en la práctica de aquellos pueblos. Léese en las primeras líneas del libro inicial de la *Iliada* una locución que testimonia el escaso aprecio en que se tenía el alma, el casi nulo lugar que ocupaba en la existencia de los héroes:

«Canta, Musa, la funesta cólera que precipita en el Tártaro una muchedumbre de generosas almas de héroes, y convierte á LOS MISMOS en pasto de los perros y de las aves.»

¡Á los mismos, es decir, sus cuerpos, en oposición á sus almas!

Cabe complementar este pasaje de Homero, afirmando la realidad del ser humano en el cuerpo, con este verso de Virgilio, en el libro VI de la *Eneida*, cuando Eneas, habiendo tropezado en el infierno la sombra de su antiguo piloto Palinuro, exclama:

*Nunc me fluctus habet versantque in littore venti* (1).

Advertid que aquí no habla, como en la *Iliada*, el poeta, sino el alma misma. Un vate cristiano habría dicho forzosamente: *Mi cuerpo* es á merced de las olas. Empero no así el pagano, en cuya opinión el alma no es más que la *sombra* del cuerpo, una idea, nada. Dice, hablando en nombre del cuerpo, su representante en el reino de la muerte: «Yo soy á merced de las olas.» En este sentido debe interpretarse el célebre pasaje de Job, del que hablaremos más adelante. Este sentimiento realista ha inspirado igualmente el vulgar modismo:

*Más vale pícaro en pie que emperador enterrado.*

Parece asimismo que, desde los tiempos más remotos, fué en descrédito la creencia en los manes, titulada expresivamente por los romanos *superstición*, de *superesse* ó *superstare*, como si dijéramos la fe en la supervivencia, ó más propiamente la fe en los espectros (2). La creencia en la inmortalidad de las almas no

(1) Ahora yo soy á merced de las olas, y los vientos me golpean contra la costa.

(2) Algunas personas han reputado osada nuestra etimología, ó mejor la interpretación que adjudicamos al vocablo *superstición*. La

formaba parte de la religión; constituía, por el contrario, una abominable degeneración.

Nadie ignora que los saduceos, que en el mosaísmo representan la más pura tradición, negaban la distinción del alma, y por ende su supervivencia. Esta opinión derivó, á ras del éxodo de Babilonia, de los *fari-seos*, vocablo que significa, atendiendo á cualquiera de las dos etimologías que nos lo explican, herejes ó sectarios del parsismo, es decir, de la doctrina de Zoroastro.

### XXXVIII

Nada aguardando de la religión, la buena muerte, la *euthomastia*, entre los antiguos, era la resultante de dos causas: la plenitud de la existencia y la comunión social.

voz latina *superstitio*, dice senos, formada indiscutiblemente de *super-esse* ó *super-stare*, corresponde, por su sentido, al griego *δεισιδαιμονία*, miedo de los espíritus: Cicerón lo explica por *timor inanis deorum*, temor quimérico de los dioses (*De Nat. Deor.*, I, 42). Servio dice en el verso 815 del libro duodécimo de la *Eneida*: *Superstitio est superstantium, id est caelestium rerum, inanis et superfluus timor*; miedo excesivo y quimérico de las cosas superiores, es decir, celestiales.

Ahora bien; ¿cuáles son estas cosas superiores, ó más justamente *super-existent*s, que integran el temor del supersticioso? No son el sol, ni la luna, ni los astros, ni el rayo, ni las nubes, objetos del cultivo primitivo; ellos son nada quiméricos, cupiendo tenerlos sin ser supersticioso. Los *espíritus*, las *almas* de los muertos; lo que resta después de la descomposición del cadáver; he aquí lo que ha aterrado en todos los tiempos, haciendo palidecer a menudo á los filósofos.

Otros derivan la palabra *superstición* del griego *ὑπερστατεῖν*, é igualmente *superstare*, estar seguro, proteger, lo que sería fuerza relacionar con la creencia en los talismanes, que protegen á quienes los llevan. De dos faltas adolece esta interpretación de una voz latina harta conocida: la primera es que se la deduce del griego, la segunda que, según opinión de todos los comentaristas, implica una idea de terror, análoga á la causada, sobre el alma de los mortales, por la aparición de los espíritus: «*Ningún hombre*—dice Dios á Moisés—*puede verme y vivir.*»

*Muere en la plenitud de sus días*—dice la Biblia—entendiendo por tal voz no tanto el número de años como el perfecto orden, normalidad y belleza de la vida en todos sus períodos y manifestaciones.

Tal muerte es la suprema de las bienaventuranzas. Lejos de antojarse amarga, excluye toda adición de felicidad, y consiguientemente todo suplemento de vida. Es la encarnación de la idea de La Fontaine:

*Nada turba su fin: es un bello atardecer...*

He aquí sintetizada en doce sílabas la práctica de los antiguos sobre el bien morir.

Embellecefales también la muerte, su sentimiento de la comunión social en cuyo seno espiraban.

De ello es admirable ejemplo el dístico de Simónides esculpido en el paso de las Termópilas al pie del monumento de los trescientos espartanos: *¡Oh, tú que pasas, di á Lacedemonia que hemos muerto aquí por obedecer sus leyes!*

Ninguna alusión á una vida ulterior, ningún vano laude. Sencillo y lacónicamente el suceso, sublime en su simplicidad: Aquí hemos muerto, empero viviremos en Lacedemonia.

Igualmente debemos interpretar la canción de Harmodio:

«*Adornaré mi espada con ramos de mirto, como Harmodio y Aristogitón, cuando dieron muerte al tirano Hyparco, en las fiestas de Panathenas... No, caro Harmodio, no has muerto; vives en las islas venturosas, en compañía de Aquiles y Diomedes.*» En este pasaje, el ciudadano comulga con los antiguos héroes, siempre vivientes en el seno de la patria y á quienes no podrían aniquilar las armas del enemigo ni el furor de los tiranos.

Atenas había erigido esta idea en una institución: era la oración fúnebre de los ciudadanos muertos por la patria, cuyos nombres se grababan sobre mármoles públicos, educándose sus hijos á expensas del tesoro. ¿Vale tanto nuestro *Requiem*? ¿Cómo hemos honrado en Fran-

cia la memoria de los soldados sucumbidos en Sebastopol?

Comunión social, expresada por la familia, organizada por la ciudad, por la confederación ó la amfictyonia; vida que se prolongaba más allá de la tumba por la participación en la vida de los antepasados y de los descendientes: así desaparecía la muerte conglobada en la eternidad de la patria, exhalándose el último suspiro en el arrobamiento de la fraternidad.

«Entre los romanos—escribe M. Franz de Champaigny—, el hombre convivía con sus progenitores y sus sucesores. En vez de ampliar su vida en una dudosa eternidad, prolongábala por el sentimiento más íntimo de la herencia; la inmortalidad de la familia, de la tribu, de la patria reemplazaba la inmortalidad del alma... La futura grandeza de Roma era el panteón del romano. De aquí derivan la virtud, el patriotismo y la gloria antigua: virtudes cívicas transformadas en virtudes religiosas.»—(Los Césares.)

Familia, tribu, patria: ¡qué misérrima inmortalidad para nosotros los cristianos! Debemos creer, sin embargo, que esa idea de comunión social y vida colectiva no carecía de cierta realidad para los antiguos, ya que les inspiró tan copiosas heroicidades que, á despecho de nuestras pretensiones á la santidad y de nuestra verborrea, aun nos sirven de modelos.

Huelga notar, por lo demás, que estas dos condiciones que regulaban la buena muerte—la plenitud de la vida y la comunión social—, la primera supone la segunda. No vivían tal plenitud el esclavo, el condenado, el desterrado, quien era culpable de que el extranjero hubiese invadido la patria, ó de que fuese desgarrada ésta por la guerra civil, ó torturada por el tirano. Para éste, una vida absolutamente vacía, y por ende la muerte con todos sus horrores.

## XXXIX

¡Cómo se desespera la sociedad antigua cuando, por efecto de las revoluciones, rómpese el nexos social, desapareciendo la admirable comunión! Es uno de los fenómenos más atrayentes de la historia, y al mismo tiempo el menos comprendido, si no el más ignorado. Conforme desaparece la vida colectiva y la plenitud de la existencia individual, acrece la angustia de la muerte. Parece que las almas desoladas, antes tan plácidas, tan animosas en el morir, gritan ahora bajo su guadaña. El gran Pan ha muerto; las almas yacen en la consternación, lanzando á los cuatro vientos sus lamentaciones.

Entonces se inicia el período de la disolución: la conciencia aislada, extraviada, inquiera un remedio á los horrores que la aterran y procura en vano distraerse. Es una derrota, un ¡sálvese quien pueda! La poesía delira con esqueletos, los sacerdotes de Eleusis ofrecen sus misterios, los filósofos sus abstracciones. ¿Qué nos librará de este siniestro pensamiento de la muerte? ¡Ay, ni la patria, ni la euthamasia! La vida y la muerte son rotundamente dos absurdos.

En Jonia comienza la catástrofe.

Los griegos de Jonia gimen bajo el yugo persa. Para colmo de su desventura, la tiranía indígena surge entre ellos y el poderoso monarca. Desvanécese la comunión: sólo hay enriquecidos y esclavos, en quienes la vida crapulosa reemplaza el heroísmo. Los versos de Anacreonte son estupendamente espantosos; en nuestra opinión, nadie tan nocivo como este vate octogenario invocando sin cesar, contra la muerte, el aturdimiento del placer.

*Las mujeres me dicen:  
—Anacreonte, eres viejo.  
Toma un espejo, y contempla*

*tus cabellos: estás calvo  
y tu frente es rasa.  
—No sé si me quedan  
ó no cabellos;  
mas si sé  
que un vijo  
debe vivir tanto más alegre  
cuanto más se acerca á la muerte.*

Así, desde los días de Anacreonte, cinco siglos antes de Jesucristo, practicábase en Asia esa fórmula de desesperación, titulada la *vida inimitable* por Antonio y Cleopatra.

Después de la formidable guerra médica, las luchas civiles desgarran á Grecia: cada república demanda el auxilio del extranjero; los macedonios sofocan toda libertad. Epicuro y sus discípulos erigen en sistema filosófico lo que había cantado Anacreonte. Desde luego los romanos censuran con acritud esta teoría, juntamente con el escepticismo de Carneades.

Empero la inmensa república se precipita á su vez hacia su ruina; el emperador sustituye á la vieja comunión latina; vencedores y vencidos son los pálidos súbditos de la muerte. Lucrecio ofrenda á Venus su filosofía. Horacio siéntase impúdicamente á la gran orgía con Mecenas y sus amigos. Los nobles, los caballeros agotados, jadeantes, abrazan la religión del placer. Virgilio, cantor de la regeneración romana, del mesianismo de César, impetra sucesivamente en su favor la filosofía de Epicuro, la ciencia de Arquímedes y la metafísica de Platón. Análogamente á sus contemporáneos, no cree en la virtud patriótica, sálvase en la humanidad.

No faltan quienes defiendan las antiguas costumbres, por odio del príncipe, enojo de la multitud ó nostalgia de sus privilegios; son tanto de su siglo que sólo piensan que aquella república, si podía resurgir, sería el único y eficaz remedio á su miedo de la muerte.

## XL

Hemos abocado á la transición que presto había de suscitar el cristianismo. ¡A falta de una comunión ya desaparecida, demándase una fe! El estoicismo aporta su dogma, tan importante como el de Epicuro.

El estoicismo, especie de platonismo práctico y severo, es la antítesis de Epicuro: desprecia soberanamente el placer; niega que el dolor sea un mal; sólo en la virtud apercibe el supremo bien, y en el vicio la máxima miseria, y enseña á menospreciar la muerte, elevando hasta la excelsitud de un postulado metafísico la arcaica é impura creencia en los espectros, la supersunción.

¡Cuán artísticamente la ilustra!

*«El mundo es un ente animado, viviente; Dios es su alma: así como el alma y el cuerpo del hombre integran un sujeto único, de igual suerte Dios y el mundo constituyen un todo inseparable, que es lo Absoluto.*

*»De este Absoluto forman parte los cuerpos y las almas, de cuyo nexo deriva nuestra vida, como su divorcio implica nuestra muerte. Tras del óbito, el principio animico retorna á Dios, alma universal, y el cuerpo á los elementos.»*

Tal es el sistema laborado por los estoicos para regenerar las costumbres é infundir nuevos bríos.

Importa no olvidar cuán medrosamente fueron acogidas estas teorías. Las personas honestas, los hombres virtuosos desearían que tuviesen razón; no se atreven á suscribirlas. Cicerón las admira y propaga; empero Carneades le quita esta fe.

Catón lee reiteradamente, antes de morir, su *Fedón*, no tanto para animarse, según se ha dicho: quien practicaba los usos antiguos, no temía ciertamente la muerte más que un Cassio, un Petronio y que los innúmeros epi-

cúreos que supieron morir con honor. Catón, deseando consolarse de la ruina de la república, inquiría si la pérdida de la libertad no tenía su razón suficiente en el orden eterno.

Thrásea copia el ejemplo de Catón. Antes de que se ejecutase su sentencia, platica con Demetrio acerca de la separación del alma y del cuerpo. Luego, cuando llega el cuestor, nuncio de la fatal orden, el romano se despide del filósofo, ordenando á su mujer que se conserve para su hija, feliz porque su yerno no comparte su suplicio; devoto fanático de la sagrada comunión de la familia y de la patria, cuyo último representante es, hácese abrir la vena, y ofrenda su sangre en holocausto, ¿á la inmortalidad del alma? No, á *Júpiter libertador*.

Tácito exclama á impulsos de poética ternura en el epílogo de la *Vida de Agrícola*, su suegro:

«Si es una morada entre los manes de los santos; si, como pretenden los filósofos, las grandes almas no sucumben con los cuerpos.»

Adviértese que para Tácito es nueva esta opinión, ignorada por los antiguos, cuya teogonía no había experimentado su urgencia. Hase dicho que las leyes sigan la decadencia de las naciones; ¿cómo entonces se difunde entre los hombres la fe en una vida futura, en las épocas en que ésta nada vale para ellos?

## XLI

Hasta ahora no hemos hecho más que desflorar este fúnebre tema.

En la hipótesis de que la teoría de la separación de las almas y los cuerpos haya podido suavizar, como la de Epicuro, el universal terror, se comprenderá que tales remedios no se hallaban al alcance del vulgo, y que el día en que las masas reclamasen á su vez un antídoto

contra el pavor de la muerte, los poemas erótico-báquicos de Anacreonte, Alcea y Horacio, como las especulaciones platónicas y estoicas, apenas surtirían un mediocre efecto.

Ahora bien; este día amaneció presto. Disuelta la sociedad romana, la plebe y el patriciado movíanse en el vacío; las almas vulgares, como los selectos, eran suspensos en el aire, á los cuatro vientos, como vejigas quebradas: tal es la descripción de Virgilio:

...*Alie panduntur inanes,  
suspensæ ad ventos.*]

¿Quién acudirá en auxilio de aquellas multitudes?

Hay médicos para todas las categorías sociales.

Grecia, cuya gloria y decadencia precedió varios siglos al progreso y la ruina de Roma, había confeccionado, para uso de las clases inferiores, una filosofía profundamente convencional. *No es lícito á todos ir á Corinto*, decía Demóstenes. «No—replica Diógenes—; empero todos pueden no ir y prescindir de Corinto.»

Los cínicos descubren, en el general naufragio la aplicación de su sistema que, aun no pareciéndolo, alcanza gran boga. Muy escasas personas se resuelven á gustar las grajeas de Epicuro; y todavía más contadas á ingerir las píldoras trascendentales de Zenón; la mochila de Diógenes es accesible á todos.

La plebe cesariana, cuatrocientos ó quinientos mil *lazzaroni* colaboradores de César en el imperio, alimentada con trigo, es decir, á casi nulo coste, satisfecha de su indigencia, resuelve heroicamente despreciar una vida cuyo sentimiento, dignidad, ejercicio, objeto y significación había perdido entregándose á César.

Habitúase, para vigorizarse contra la muerte, á no hacer ningún caso de la vida: ¡fácil empresa bajo el gobierno de César! La vida, en efecto, para aquella multitud, es un contrasentido. A la plenitud de los días que causaba la ventura de los antiguos, ha sucedido el *spleen*. Si, pues, en sociedad tan decadente nada era vivir, ¿cómo había de significar algo morir? No olvidéis

el apóstrofe del pretor á Nerón fugitivo temeroso ante la muerte: *Usque odeone mori miserum est?* Ha concluído tu reinado: así muere: ¿es tan difícil morir?

Analizad el carácter del pueblo romano de los últimos días de la República y del Imperio: en el fondo no descubriréis más que cinismo. El cinismo, en la majestad del Capitolio, integra el temperamento del pueblo-rey, la vida moral de Roma, el genio de César.

Cuando en la sangre del pueblo se cruzan elementos extraños, filosofía ó religión, amor de Dios ó desprecio de la vida, aboca á concepciones fantásticas y crea gigantes y monstruos. Los hijos de la loba cargando sobre sus espaldas la mochila y poniéndose á combatir la muerte y sus terrores, debían concebir una idea horrible que había de hacer gemir la historia.

El suicida no es un tipo nuevo; desde largo tiempo atrás muy nobles ejemplos habían enseñado á reverenciarlo; sabíase que constituía un refugio de la dignidad contra todo agravio de la tiranía ó de la fortuna; mérito vulgar, bagatela á la que apenas se dedicaba breves frases. Derrocada la República, sigue de moda el suicidio.

¿Qué nos descubre, pues, la *ferocitas romana*? Los combates de los gladiadores.

## XLII

Ciertas personas censuran acremente las corridas de toros, por fomentar la barbarie; la severa Albión ha renunciado á su *boxeo*. ¿Qué diríamos si el gobierno, en lugar de enviar al patíbulo los condenados á la pena capital, los expusiese, para público recreo, en pleno hipódromo luchando entre sí hasta morir?

Empero no eran dos hombres, dos criminales, aquellos con cuyo fin trágico se regocijaba Roma; eran cien-

tos, millares de prisioneros, verdaderas carnicerías, donde la sangre corría á raudales como en los campos de Farsalia y de Filipo. En los días de la República vedábase nombrar á la vez más de cien gladiadores. Augusto, deseando agradar á su pueblo, elevó este número hasta sesenta parejas por representación. La rabia de tales espectáculos acrecía cada vez más; así presto aumentóse, á exigencias del populacho y con la venia del Senado, la cifra de ciento veinte hombres. Además, estas matanzas se verificaban por doquier; las urbes menos populosas tenían su circo, con sus cuarteles de gladiadores. Agrippa, rey de Judea, hizo batirse en un día mil cuatrocientos condenados. Gordiano, edil, facilitaba normalmente de ciento cincuenta á quinientas parejas. Trajano, en un solo día, presentó al pueblo diez mil gladiadores; en la bárbara fiesta organizada bajo el imperio de Claudio sobre el lago Fucín, intervinieron hasta diez y nueve mil combatientes. En la conmemoración del triunfo de Probo, destináronse al circo seiscientos hombres; ochenta de ellos se fugaron, y atacando á los espectadores, se extendieron por la ciudad, siendo degollados por los legionarios, después de haber vendido muy caras sus vidas. Fué un escándalo formidable.

Los historiadores que han estudiado esta cuestión, entre ellos Chateaubriand, explótanla en pro del cristianismo; como si los combates de los gladiadores, que saciaron durante más de cinco siglos la corrupción romana, integrasen la esencia del paganismo; como si no fuera preciso inquirir en otros orígenes la razón de este sangriento fenómeno.

Cicerón, Séneca, Plinio, Juvenal y los autores contemporáneos, testimonian que la opinión consideraba tales luchas como una escuela de energía, donde los ciudadanos aprendían á despreciar la sangre y el emperador. Como un emperador—creemos que Séptimo Severo—se propusiese reformar las costumbres, los juriconsultos que constituían el Consejo imperial defendieron á todo trance los combates del circo, necesarios, en su sentir, para mantener el valor militar y educar el alma del soldado.

Es evidente que este alegato sólo implica una parte de la verdad. ¿Cómo el soldado del Imperio había menester de este excitante, desconocido por los guerreros de la República? Repetimos que la verdadera causa radica en la desorganización universal que, dejando al hombre sin libertad, sin derecho, sin comunión, sin patria, no ofreciendo á su soledad por toda compensación más que César, impulsábale al desprecio de la vida á la par que le entregaba sin defensa al excesivo pavor de la muerte.

La influencia, muy relativa, de las luchas de los gladiadores sobre el valor, exteriorízase en los mártires harto laudados del cristianismo. Es la misma sangre fría ante la muerte, la misma bravuconería ó calaverada, la misma impasibilidad. Estos soldados de Cristo mueren como los gladiadores. Tal es el panegírico que les ofrendan los autores eclesiásticos: esta comparación repítese en cada página del martirologio y en los himnos. ¿Cuántos hombres libres, caballeros, senadores y mujeres de los que se lanzaban al circo sin otro objeto que testimoniar su heroísmo en un combate á muerte, fanáticos, aliados contra el emperador por su fe en el Mesías eterno, no habrían sabido morir por su Iglesia y por su Dios?

### XLIII

Empero sentimos fuerte curiosidad por saber cómo el cristianismo intenta desvanecer ese pánico que deshonra, más que las crueldades del circo y que todas las orgías, los últimos días de la sociedad pagana.

La primera palabra del cristianismo fué un grito de victoria. ¿Habláis, cínicos, de vuestro desprecio de la vida; estoicos, de vuestra indiferencia por el dolor y la muerte; vosotros, herederos de los antiguos sabios, intérpretes de los dioses, de la evaporación de las almas

y de los manes impalpables? ¿Te envanece, rebaño de Epicuro, de tus goces en la desesperación, y tú, familia plebe de Rómulo, de tus combates de gladiadores? Escuchad á esos hombres, venidos de Judea, á quienes Nerón hizo embrear y arder á guisa de antorchas en sus jardines. Anuncian... ¡la *resurrección de los cuerpos!* Tal es, en efecto, el inicio de los nuevos sectarios.

El cristianismo, en sus orígenes, guardaba más de un nexo con las sectas que se habían adjudicado la misión de restituir á los romanos la calma y la serenidad de sus abuelos. Tenía la afectada pobreza y la falsa abnegación de los airicos, la gravedad y el espiritualismo de los estoicos, la esperanza de los goces materiales de los epicúreos, á lo menos en orden á la época subsiguiente á la segunda venida de Cristo. Empero excedía á todos por su estupendo dogma de la *resurrección de los cuerpos*, sin el que la misma inmortalidad de las almas habríase antojado una caricatura de consuelo.

No fué esta, en realidad de verdad, la adición más leve que Pablo y sus colegas se permitieron sumar á la doctrina del Galileo. Mas no es otro el proceso de las religiones. Una religión es un *símbolo*, es decir, una co-tización. El fariseísmo debía abonar su cuota en ésta: Jesús, que lo había perseguido incesantemente durante su vida, le debió después de su muerte la ventaja, sin la que no hubiera sido Dios, de resucitarle.

¿Podía un corazón de judío gustar la supervivencia del alma según ella placía metafísicamente á los estoicos? ¿Qué es, fuera de este goce, el alma? ¿Puede comer, beber, amar? El fariseísmo, pues, aseveraba la inmortalidad, no por una laberíntica y obscura metempsychosis, no por la conservación en el seno del éter de esa partícula de la Divinidad, *divinæ particulam auræ*, que en sentir de los filósofos integra la quintaesencia de nuestro ser, sino por medio de una admirable y rotunda y lo que vale más, muy próxima resurrección en *cuerpo y alma*.

Cuantos muriesen en la fe de Cristo, debían resucitar para reinar con él: no se agotaría la generación contemporánea antes que acaeciera este resurgir. En los albo-

res del siglo II, los redactores de los evangelios, inconscientes, creían á ciegas en la promesa. Después se retarda la resurrección hasta el siglo III, más tarde al V. De siglo en siglo, el milenarismo rectifica sus cómputos. En fin, defraudada reiteradamente la esperanza, se modifica el anuncio. Habíase dicho primero que el Mesías, tornando casi á ras de su ascensión, resucitaría los muertos, reinando con sus fieles durante mil años, luego que todo concluyera: ahora preténdese que esta reaparición mesiánica no debe suceder hasta el fin del mundo, á modo de epílogo de todas las cosas.

Sea ello lo que fuere, á despecho de la física, no obstante la ciencia de Descartes, fundador del nuevo espiritualismo por su distinción de las substancias, la Iglesia ha conservado el dogma de la resurrección de los cuerpos y lo enseña en su catecismo. Muy cierto que no es, como en remotas épocas, el eje de la propaganda; empero siempre constituye un artículo, el penúltimo, de la profesión de fe, *carnis resurrectionem*.

¡Figuraos la estupefacción de los romanos cuando se predicó por vez primera esta idea en la capital del imperio, comparada justamente en aquel momento por Tácito á una sentina de las humanas locuras!

Quienes no osaban creer á los estoicos acerca de la inmortalidad de las almas, ¿cómo debían acoger la inaudita creación de la resurrección de los cuerpos? Reputando supersticiosa la fe en los manes, ¿cómo considerarían el revivir de los cadáveres? Indícanos suficientemente su enojo la creencia en los vampiros, todavía muy difundida entre los pueblos eslavos y cuyo origen no es otro que la resurrección. *Exitia bilis superstitio*, escribe Tácito, á quien casi consuela este epíteto, del bárbaro suplicio infligido á aquellos miserables por Nerón.

## XLIV

Nos preguntaréis, según eso, si el remedio inventado por el cristianismo contra el miedo de la muerte, ha surtido efecto.

¡Ay! La enfermedad es de las que no se curan con exorcismos y actos de fe. Ni la lectura de los Evangelios, ni el bautismo, ni las infusiones de sangre, ni las inmersiones en el agua han servido para nada.

En el sistema cristiano, el mundo aparece como una fantasmagoría.

«*He visto—se lee en el Apocalipsis—un escualido corcel, en que cabalgaba la MUERTE, llevando por cortejo el infierno.*»

En efecto, muerta era una sociedad que sólo vivía en la esperanza de la resurrección; sus ciudades, sus palacios, sus teatros eran los cementerios, sus templos las catacumbas. Muerto de su propio terror ó de su excesiva religión, ¿qué pensáis contribuya más á la gloria del nombre cristiano?

Durante el lapso de las persecuciones, templados los espíritus por la lucha, la Iglesia vive la vida de la sociedad antigua: la era de los mártires, que comienza y acaba casi paralelamente á la de los gladiadores, es la más vibrante y vigorosa de la historia eclesiástica.

Empero desvanécese toda virtud, á ras de la conversión de César, cuando los emperadores, contagiados bajo su púrpura por la universal enfermedad, solicitan, en sus postrimerías, los sacramentos de los muertos. De una parte, retardada hasta el fin de los siglos la resurrección, las almas aguardando en los limbos la hora de reunirse con sus cuerpos; de otra parte, el terror de los juicios de Dios, lejos de aliviar el mal, lo agravaron. Poco faltó para que el mundo cristiano, apenas nacido, desapareciese: tan lúgubre era su vida, tanto le aterraba

la muerte. Unos, como Antonio, parten á los diez y ocho años para el desierto, anulan su vida, apaciguan á Dios por una muerte de cincuenta y ochenta años. Otros, como Jerónimo, sin divorciarse en absoluto del mundo, extenuados por la abstinencia, se dedican á trabajos y estudios, atronados incesantemente sus oídos por la trompeta del juicio final.

En el curso de los siglos, la humanidad ha continuado asistiendo á su propio sepelio: la Edad Media no es más que un vasto entierro: Dante es el Homero de la sociedad feudal; canta el *Infierno*, el *Purgatorio*, el *Paraiso*. Su filósofo es el autor de la *Imitación*; preconiza los goces íntimos de la soledad, los placeres del desprendimiento, el egoísmo del féretro. No ignoramos que los siglos XV y XVI, restaurando la filosofía, las ciencias, las letras, las artes, la industria y sus progresos, se propusieron, impulsados briosamente por el Renacimiento y la Reforma, cortar de raíz esta peregrinación de ultratumba, transformar en una civilización radiante de luz la Iglesia de las *tinieblas* y sus fiestas *nocturnas*. ¡Vano empeño! la filosofía y las musas son todavía feudos de los espectros. Envueltas en su sudario y haciendo sobre sí la señal de la cruz, disertan acerca de la muerte; nos enseñan á saborearla, á gustarla tan intensamente como nunca la gustaron ni saborearon los mártires y los Padres del desierto.

Leed nuestros sermonarios, nuestros autores ascéticos y místicos, nuestros libros de vulgar y alta devoción: siempre el espanto de la otra vida, la dramaturgia de la muerte. ¡Muerte!... ¡Eternidad!... ¡Juicio!... ¡Paraiso ó Infierno!... ¿Habéis meditado sobre estas postrimerías?... Sabemos de un libro, modelo del género, que aun circula por los pueblos—hemos nombrado el *Tesoro de las almas del Purgatorio*—; pleno de apariciones de muertos y precitos, no cabe calcular el inmenso mal causado por esta abominable obra, cuya estupidez ha infeccionado el alma del pueblo.

Preguntábase á César qué muerte prefería:—*La más pronta é inopinada*—repuso. Todos los romanos pensaban como él. *Hiere pronto*, decían como única súplica á

los verdugos los condenados por la tiranía imperial. Habríaales encantado la fácil guillotina.

Muy al contrario, el cristianismo considera la muerte súbita como un síntoma de eterno anatema, como el más formidable de los infortunios. ¿No precisa el cristiano *reconocerse* antes de expirar? Santa Brígida compuso expresamente una plegaria para conjurar este peligro. Hemos conocido, en nuestros años juveniles, un adolescente que, sufriendo á consecuencia de un violento ejercicio un repentino vómito de sangre, gritaba en su angustia: ¡*Pronto, un médico y un sacerdote!* Ni una palabra para sus amigos, ni para su familia; se olvidaba hasta de su madre. El terror de la muerte, exacerbado por el del infierno, sofocaba en él todos los sentimientos humanos. Nunca se borrará de nuestra memoria aquella frase de supremo egoísmo: ¡*Pronto, un médico y un sacerdote!*

El miedo de la muerte es para la Iglesia un resorte de gobierno y de captación. Así dice á la joven: «¡Piensa en la muerte! Desvía de ti ese maldito pensamiento de amor; despóstate con Jesucristo, el más hermoso de los hijos de los hombres; ofréndale tu virginidad y tu dote, y te salvarás!... ¡serás santa!... ¡te canonizarán!» La incauta escucha. «¡Si me condenaré!», exclama. Siente el vacío de su existencia sin amor; este vacío que calmaría tan fácilmente por el matrimonio, sepultaba en el celibato. Semejante al pajarillo que fascinado por la serpiente se precipita, piando, en su venenosa boca, se estrecha, plena de vida, con la muerte.

## XLV

Rememorad los muertos ilustres entre los cristianos: en ellos advertiremos rotundamente el efecto de esa *excitabilis superstitio*, según la frase de Tácito. Citaremos sólo ejemplos clásicos.

Pascal, á ejemplo de San Jerónimo, acosado por una alucinación mortífera, renuncia al matrimonio, se hace monje y expira en el espanto.

La Fontaine, contagiado, lleva en sus momentos póstumos un cilicio.

Racine abdica su genio, transfórmase en rimador de salmos y edifica capillitas con sus hijos.

El gran Condé, según las palabras de Bossuet en su oración fúnebre, animábase á sí mismo en el trance de la muerte con la esperanza de ver á Dios «conforme El es, cara á cara», *sicuti est, facie ad faciem*. Aquel valiente entre los valientes, víctima de los terrores cristianos se rindió, temblando, ante el sacerdote. Ejemplo sin par el de aquella alma, que no había conocido la Patria ni la Justicia, siendo en cambio hechizada por la fe.

Turena, después de su conversión, hallábase dispuesto á morir, cumpliendo á diario sus devociones, siquiera, como dice Mad. de Sévigné, nadie, en la corte, en la ciudad ni en el ejército, se preocupase lo más mínimo de su salvación.

La muerte de Fenelón, narrada por el cardenal de Beausset, es muy de lamentar. Maltratado en sus afectos, defraudado en su legítima ambición, desterrado por un soberano déspota, excomulgado por el Papa, traicionado por Mad. de Maintenón, separado de la comunión religiosa, de la sociedad política, de toda convivencia, arrastra en su dolor una existencia miserable. A la hora de morir, exhórtase incesantemente por textos de la Biblia. En tan duro trance, el terror de los juicios eternos persigue todavía á aquel hombre insigne, prototipo del prelado caritativo, tras de tantas persecuciones injustas, esperanzas truncadas, atroces torturas en el corazón y en el espíritu. Cuanto fué más justo, piadoso, amante, simpático á todos, fiel á su patria y á su rey, tanto más rebosante es el cáliz de la amargura que la religión aplica á sus labios. ¡Oh! aunque no hubiéramos contra el cristianismo otro motivo de odio que la muerte de Fenelón, ella sería suficiente para que nunca perdonásemos á Dios.

Bossuet, el Hércules del sacerdocio; Bossuet, en el

lecho de muerte, recuerda el *pecador moribundo* descrito por Massillon en su Cuaresma. ¡Qué triste morir!... *Usque adeone mori miserum est?* A cada convulsión murmura un versículo del Breviario, preferentemente aquel tan repetido por Jesús agonizante en el Huerto de los Olivos: «¡Hágase tu voluntad, no la mía!» *Fiat voluntas tua!* Después de una vida gloriosa y próspera, anciano é infatigable luchador, la muerte le es cruel. Gime, como aquel obeso rey de los amalecitas que ordenó asesinar al juez Samuel: *Siccine separat amara mors!* Tras de haber sostenido durante tan amplio lapso de tiempo sobre sus robustas espaldas el edificio cristiano, el héroe galicano siente el vacío del sistema; ni familia, ni comunión social, ni vida católica: el obispo de Meaux no es para la Iglesia más que el último de sus fieles: *Fiat voluntas tua!* ¡Que Cristo, que sufrió tamaña agonía, acuda en su auxilio!

«*Agravóse tanto en la noche del jueves al viernes (11 de Abril), sus dolores fueron tan intensos durante la mañana hasta el mediodía, que todos los asistentes creyeron que Bossuet iba á exhalar su último suspiro. El sacerdote Bossuet, su sobrino, arrodillóse al pie del lecho, pidiéndole su bendición. Bossuet era pleno del Espíritu de Dios, apenas hablando, empero siempre con piedad. Ledieu le testimonia su profunda gratitud por todas sus bondades, suplicándole se acordase algunas veces de los amigos que dejaba sobre la tierra, y que eran tan devotos de su persona y de su gloria. Oyendo el vocablo GLORIA, Bossuet, ya casi expirante, extraño á este mundo, aterrado por la visión del Juez Supremo cuya sentencia aguardaba, incorporado sobre el lecho del dolor y reanimado por una santa indignación exclama: «CESAD EN VUESTROS ELOGIOS Y PEDID Á DIOS QUE PERDONE MIS PECADOS.»—(Historia de Bossuet, por el cardenal de Beausset.)*

Así murió recientemente Mons. Cart, obispo de Nimes, un verdadero santo; así morirá también mi impugnador el cardenal Matthieu, arzobispo de Besançon, cristiano no menos sincero, entusiasta de la gloria de la Iglesia y humilde reo ante los juicios de Dios.

## XLVI

Cerremos este capítulo.

La existencia normal del hombre, considerado como individuo, como jefe ó miembro de una familia, como ciudadano y patriota, como sabio, artista, industrial ó soldado, supone una muerte armónica, es decir, placida, dulce, tranquila, mejor alegre que amarga.

Ahora bien; bajo el cristianismo, desde su origen hasta nuestros días, como en los últimos siglos del paganismo, la muerte del hombre no ha sido venturosa.

Existe, pues, cierta anomalía, en el vivir y en la educación de los cristianos, y análogamente entre los paganos de la decadencia: si se reconoce que la mala muerte es esencial al cristianismo, á su dogma, á su fe, precisa concluir necesariamente que tal sistema no es una religión moral, sino de desmoralización.

---

## CAPÍTULO VI

## El hombre y la muerte

(Conclusión)

## XLVII

¿Qué nos enseña la filosofía revolucionaria acerca de esta gravísima cuestión del bien morir?

Intentaremos exponer sus conclusiones, siempre con las reservas que es lógico guardar en orden á una doctrina que se formula por vez primera y que por ende debe limitarse á fijar sus jalones.

Descartamos desde luego, como ajena al tema, la cuestión de la inmortalidad del alma, que abandonamos al misticismo, no permitiéndonos la verdadera ciencia impugnarla ni defenderla.

La ciencia experimental nada puede decirnos acerca de la existencia ó no existencia de un Dios, personalidad soberana, alma del Universo, cuyo producto es la Naturaleza, y que ha engendrado la humanidad. La ciencia de observación no afirma ni niega: nada sabe, nada comprende, nada la inquieta. ¿Qué se le da de tal hipótesis á la Justicia, que debe existir por sí misma y mostrarse á la conciencia sin extraños intermediarios?

También calla la ciencia, y apenas se preocupa la moral, sobre si hay ó no hay una supervivencia para la humanidad, una segunda vida para las almas y los cuerpos. Independiente de la idea de Dios, lo es igualmente de la de inmortalidad; no ha menester de este mito más que del otro.